



«COMBREGAR A MUNTANYA»
Cuadro de Mariano Vayreda

HISTORIA DE UN LIENZO

por M. LLOSAS

Hace unos meses, a propósito del Día del Seminario y, luego, en REVISTA DE GERONA, se difundió una fotografía del notable lienzo «Combregar a muntanya», aunque tomada de un boceto que figura en el Museo Provincial de esta ciudad. Erróneamente, se consignó como obra de Joaquín Vayreda, cuando su autor fue su hermano Mariano, como él maestro en el arte de los pinceles, aunque más renombrado — y con justísimo renombre — en el de la literatura, por sus incomparables narraciones de una sensibilidad y de un vigor maravillosos.

El cuadro lo ejecutó hace ochenta años cabales, el 1887; fecha que se continúa al pie de la firma. De regulares proporciones (2,24 metros por 1,62), fue expuesto en las galerías barcelonesas «Sala Parés», corriendo el otoño del año siguiente, y adquirido por el banquero de la misma ciudad D. José M.^a Valls Vicens, dueño de una selecta colección de obras artísticas.

En virtud de las disposiciones testamentarias del señor Valls, fallecido en junio de 1907, el Ayuntamiento de Barcelona advino en poseedor del cuadro que, tres meses después (el 3 de octubre), enriquecía el Museo de la ciudad. En él permaneció hasta 1965 cuando, a ruegos de D. Oriol Valls, nieto del testador, «Combregar a muntanya» fue cedido en depósito al Museo de Arte Moderno de Olot, patria del artista, en donde actualmente se exhibe como en su marco más genuino.

La indicada obra es una producción olotense por sus cuatro costados. El paisaje, fácilmente regognoscible, es de las cercanías de la ciudad montañesa; este paisaje que Joaquín y Mariano Vayreda Vila, ambos

a dos, captaron en sus respectivos lienzos y con magistral galanura. La anécdota no fue improvisada. La pupila del artista la sorprendió cuando en las cercanías de La Deu, se disponía a la ejecución de otro de sus óleos. Reales son los tipos y, su ambientación, exacta. Mariano Vayreda, a un tiempo pintor y narrador egregio, enamorado de su terruño e identificado con él, describe en sus prosas y en sus lienzos páginas vivas del que fue su mundo circundante, de verdadera antología. Y, casi siempre, con un halo poético que, hoy como ayer, nos encanta.

No es de extrañar, por lo mismo, que nuestro coterráneo pudiera sentirse atraído por uno de los géneros pictóricos que más privaron en su época: el narrativo o costumbrista, para cuya ejecución dispuso de técnica eficiente y depurada. Como pintor de figura, muy pocos fueron los de su tiempo que, con él, pudieran codearse, al punto de que, su hermano Joaquín — el máximo maestro olotense — hubo de requerir su concurso para animar alguno de sus lienzos.

Con todo, el Mariano Vayreda estupendo narrador, el inmortal artífice de «La Punyalada», había de oscurecer al Mariano Vayreda pintor insigne, en la valoración de su obra. La gloria de su hermano; tal vez por incardinarse en la órbita por él trazada; por compañero de grandes artistas de su promoción misma, en un ciclo de gran esplendor en los fastos del arte; la evolución del concepto pictórico hacia el impresionismo... menoscabaron el aprecio de que Mariano Vayreda era acreedor, por imperativo de estricta justicia.

La revisión, como no podía ser menos, hubo de venir por sus pasos. Con motivo del centenario del nacimiento del pintor (venido al mundo en 1853 y fallecido, prematuramente, en 1903), celebróse en Barcelona una magna exposición-homenaje de aquella parte de su producción que pudo ser reunida. Algunas de sus obras de mayor empeño habían traspuesto las fronteras y las no escasas de carácter religioso perecieron en aciagos días. Y he aquí que, en unos momentos en los cuales parece desdeñarse gran parte de la cosecha de los pintores decimonónicos y, mayormente, de los que cultivaron el costumbrismo, Mariano Vayreda asciende de nuevo a su pedestal de honor, como claro exponente de la pintura catalana de un ayer cercano, que no puede ser olvidada ni desconocida sin borrarse una de las etapas más notables en el renacer del arte patrio. Es una pintura marcada con la impronta de su época y henchida de una delicadeza espiritual que, ahora, después de media centuria bien corrida, se nos ofrece cargada de nostalgias.